

CAPÍTULO DECIMOCTAVO

Alonso de Ribera. Principios de su gobierno (1601)

1. Llega a Madrid la noticia del levantamiento de los indios de Chile. El capitán don Bernardo de Vargas Machuca se ofrece a pacificar este país con cuatrocientos hombres: el Rey y sus consejeros desatienden esa proposición.
2. Es nombrado Alonso de Ribera gobernador de Chile: antecedentes biográficos de este personaje.
3. Su viaje a Chile.
4. Su rompimiento con García Ramón, y vuelta de éste al Perú.
5. Estado del ejército de Chile al arribo de Ribera.
6. Primera campaña de Ribera en el territorio enemigo: socorre la plaza de Arauco y regresa a Concepción.
7. Llega a Mendoza un refuerzo de quinientos hombres enviados por el rey de España.

1. Llega a Madrid la noticia del levantamiento de los indios de Chile.
El capitán don Bernardo de Vargas Machuca se ofrece a pacificar
este país con cuatrocientos hombres: el Rey y
sus consejeros desatienden esa proposición

A fines del siglo XVI, las comunicaciones entre España y sus colonias de América, a pesar de los peligros creados por las flotas y corsarios enemigos, eran mucho más fáciles y regulares de lo que habían sido cuarenta años atrás. A mediados de agosto de 1599 se sabía en Madrid que los indios araucanos, rebelados contra la dominación española, habían dado muerte al gobernador Óñez de Loyola, y amenazaban reconquistar su absoluta independencia¹. Estos

¹ El cronista del Rey, don Luis Cabrera de Córdoba, anotaba en esa época regularmente todos los sucesos al parecer notables que llegaban a su conocimiento. Sus *Relaciones de las cosas sucedidas en la corte de España desde 1599 hasta 1614*, que con este título se publicaron por primera vez esas notas en 1857, forman un copiosísimo arsenal de noticias relativas a las fiestas reales y de la nobleza, las procesiones, los nombramientos y gracias hechas por el Rey, etc., y también de las que se refieren al gobierno y la administración, y constituyen por esto un documento histórico de un mérito semejante al de nuestras gacetas. Con fecha de 11 de septiembre de 1599, Cabrera de Córdoba escribía las palabras siguientes: "En la provincia de Chile, mataron los naturales en principio de este año (textual) al que estaba por Gobernador de ella, llamado Martín Pérez de Loyola (textual) con hasta 50 soldados, los mejores que él había escogido en la ciudad donde era su asiento para ir a concertar ciertas paces con los rebeldes para reducirlos al servicio del Rey, los cuales hicieron cierta emboscada, y cuando pensaban estar más seguros los nuestros, dieron sobre ellos y los mataron" (p. 38). Las inexactitudes que hay en estas pocas líneas revelan cuán escasas y cuán inciertas eran las noticias que acerca de estos países circulaban en España, y el poco caso que de estos sucesos hacía la generalidad de las gentes. Pero hay otro hecho que demuestra mejor aún esto último. Un empleado de palacio, que se supone sea Matías Novoa, paje del Rey, escribía una crónica de todos los sucesos de su tiempo, tal como los veía o los sabía. Esa crónica ha sido publicada con el título de *Historia de Felipe III*, y forma los tomos 60 y 61 de la *Colección de documentos inéditos para la historia de España*. El cronista, al paso que llena páginas y páginas con los acontecimientos ocurridos en Europa, con la descripción de

graves acontecimientos no podían inquietar mucho al pueblo español que, con muy contadas excepciones, apenas tenía una noticia vaga y fantástica acerca de estos países. Pero los hombres de estado y los funcionarios que tenían a su cargo la dirección de la administración colonial, debieron comprender que los desastres del reino de Chile iban a crear complicaciones y dificultades a la Corona. En esa época, el erario real, minado en sus fuentes por los errores económicos, gravado con los costos de las guerras interminables, con el lujo insensato de la Corte, con la concesión de gracias y pensiones a los favoritos, y con la fundación indiscriminada de centenares de iglesias y de conventos, no podía atender a las necesidades más premiosas del Estado. El rico tesoro que cada año llevaban las flotas de América, era aguardado en Madrid con una ansiedad indescriptible, y repartido inmediatamente sin que jamás bastara a satisfacer los compromisos que con él se esperaba remediar². En la dificultad de entrar en nuevos gastos para suministrar a Chile los socorros que este reino necesitaba, se pensó sólo en el primer momento en enviar un nuevo Gobernador, creyendo, sin duda, que con sus propios recursos y los del Perú se podría reponer este país de sus quebrantos.

Aunque el gobierno de Chile era muy poco codiciable en aquellas circunstancias, no faltaron quienes lo pretendiesen empeñosamente. Fue uno de éstos un capitán llamado don Bernardo de Vargas Machuca, pobre hidalgo de Simancas que podía hacer valer largos servicios militares, pero cuyo nombre nos sería absolutamente desconocido si no se hubiera conquistado cierta notoriedad en la literatura histórico-geográfica de América. Después de servir diez años en Europa en los ejércitos españoles de Italia y en la armada real durante la guerra contra los turcos, Vargas Machuca había pasado a las Indias por los años de 1574, y durante otros veinte, había militado en el Nuevo Reino de Granada, "hallándose en este tiempo en muchas conquistas y poblaciones, allanamientos y castigos de indios, haciéndolos como cabeza, a su costa, con grandes gastos, riesgos y heridas", y había desempeñado el

las fiestas de palacio y otros hechos caseros, por decirlo así, parece ignorar que América formaba parte de los dominios de su señor, tan poco interés ponía en saber y en referir lo que aquí pasaba.

² El tesoro de las Indias que cada año llevaban las flotas del Rey, montaba, como debe suponerse, a una suma más o menos variable. Ese tesoro era en parte del Rey, por producto del impuesto sobre la explotación de las minas, y en parte de particulares. El embajador veneciano Simón Contarini, en un notabilísimo informe o "relación" pasado al senado de Venecia a fines de 1605, y en que descubre con criterio seguro la decadencia de España en medio de todo el aparato de grandeza, avalúa "lo que viene de las Indias un año con otro" para el Rey, en tres millones de ducados; pero advierte que los gastos ocasionados por las flotas y por todo aquel sistema comercial, consumían esa renta. El cómputo de Contarini es perfectamente fundado, según los documentos que hemos examinado. Así, la flota de Indias que llegó a San Lúcar de Barrameda a fines de febrero de 1600, llevaba 9.926.192 ducados, de los cuales correspondían al Rey 2.746.679; y los restantes eran propiedad de particulares. Como prueba del derroche que el favoritismo había introducido en la administración del tesoro público, bastará recordar el hecho siguiente. Cuando el duque de Lerma, primer ministro de Felipe III, le anunció el arribo de esta flota con el dinero de las Indias, el Rey "le hizo merced de 100.000 ducados por las albricias". Cabrera de Córdoba, *Relaciones*, p. 61.

El Rey, en las escaseces de dinero que producía aquel estado de cosas, continuaba echándose sobre el tesoro que llegaba de las Indias, despojo de que hemos hablado más extensamente en otra parte (tomo II, p. 243), lo que sugirió a los comerciantes el sistema de ocultar sus remesas de dinero. A este respecto es instructiva otra nota del cronista Cabrera de Córdoba que dice así: "Llegó a Sevilla en principio de este mes (mayo de 1600) la flota del Perú y Tierra Firme, que son cuarenta y dos navíos con mercaderías y pasajeros, porque la flota vino delante con don Francisco Coloma con los catorce galeones que vinieron en fin de marzo, aunque debe ser buena cantidad la que traen escondida y secreta estos navíos sin registrar, por que no se la tomen por cuenta del Rey". *Relaciones*, p. 70.

cargo de gobernador de Portobello. Dejando allí a su mujer y a sus hijos, Vargas Machuca se hallaba en la Corte desde 1594 solicitando en vano el premio de sus servicios. Acababa entonces de publicar un libro muy curioso con el título de *Milicia y descripción de las Indias* (Madrid, 1599), pintura interesante de los países de América que había conocido, y de la manera cómo los españoles hacían la guerra a los bárbaros; tenía pronto para imprimirse un tratado de equitación militar³, y escribió, además, una *Defensa de las conquistas de las Indias*, o pretendida refutación de los escritos de Bartolomé de Las Casas, que la censura española no le permitió dar a luz⁴. Vargas Machuca creía firmemente que su larga experiencia en las cosas de América lo habilitaba para desempeñar cualquier cargo en las colonias del rey de España.

Apenas hubo llegado a Madrid la noticia del alzamiento general de los indios de Chile, el capitán Vargas Machuca dirigía al Rey una solicitud, con fecha de 21 de agosto de 1599, en que pedía para sí el puesto que dejaba vacante la muerte del gobernador Óñez de Loyola. Hablando con una arrogancia que no era rara en los militares españoles, hacía al soberano la proposición siguiente: "Me ofrezco a allanar y reducir a Chile a la paz dentro de cuatro años, encargándome el gobierno y dándome cuatrocientos infantes, hechos los doscientos en estas partes (España) y doscientos en las Indias, presentando al consejo (de Indias) un discurso del orden que se debe guardar para conseguirlo y empeñando mi cabeza en su cumplimiento". Aquella solicitud iba acompañada de un extenso memorial en que el pretendiente exponía su plan de campaña. Vargas Machuca no conocía Chile y sus habitantes más que por la lectura del poema de Ercilla. Esas imperfectas nociones le servían de base para exponer su sistema de reducción y de conquista, en que faltan, como debe suponerse, las ideas concretas y determinadas. Según él, debía emplearse principalmente la infantería en la guerra contra los indios, construirse fuertes bien abastecidos de víveres para asentar la dominación en cada porción de territorio que se conquistase, tomar muchas precauciones para libertarse de asaltos y sorpresas, evitar las inhumanidades innecesarias, desterrar a los indios jóvenes que se tomasen al enemigo para hacerlos trabajar en otra parte, reservando a las "muchachas huérfanas de ocho a diez años para que sirvan en el fuerte en las cocinas"; y por lo que toca a "los viejos que no son de servicio, con la causa sustanciada, criándoles su defensor, se abreviará con ellos, porque ninguno deja de merecer muerte, considerando que estos viejos son los que animan la guerra y son causadores de todo el daño que se recibe". Se ve por este corto resumen que el capitán Vargas Machuca, que estaba seguro de acabar

³ Este tratado se titula *Libro de ejercicios de gineta compuesto por el capitán D. Bernardo de Vargas Machuca, indiano, natural de Simancas en Castilla la Vieja. Dirigido al conde Alberto Fúcar*, Madrid, 1600, un vol. en 8º, reimpreso en 1619. Es un tratado curioso en que junto con numerosos absurdos sobre las propiedades que tienen los caballos según sean los colores de su pelo, sobre las enfermedades que padecen y la manera más absurda todavía de curarlos, hay noticias muy prolijas acerca de las sillas y demás arreos, los ejercicios militares, los juegos de cañas, los aparatos de combate o torneos, las corridas de toros y acerca de todo lo que podía interesar a los caballeros, noticias muy útiles para quien desee conocer aquellos ejercicios.

⁴ El verdadero título de esta obra es *Apologías i discursos de la conquista de las Indias*; y sólo ha sido publicada en 1871, en el tomo 79 de la *Colección de documentos inéditos para la historia de España*. Recordando los sucesos históricos y citando los escritos de muchos autores de la antigüedad y de algunos santos padres, pretende defender la conducta de los españoles en la conquista de América. Todo el discurso iv que ocupa las pp. 277-290, es un resumen de la historia de la conquista de Chile hasta la muerte de Óñez de Loyola, escrito con escasez de datos.

mediante su sistema la guerra de Chile en sólo cuatro años, proponía en realidad los mismos arbitrios que sin provecho alguno habían tocado los gobernantes de este país⁵. Su proposición debió ser considerada como un rasgo de atolondramiento y de presunción, y por tanto fue desatendida por el Rey y por el Consejo de Indias. En vez del alto puesto que solicitaba, obtuvo algunos años después otro mucho más modesto, el de gobernador de la isla de la Margarita, que desempeñaba todavía en 1615.

2. Es nombrado Alonso de Ribera gobernador de Chile: antecedentes biográficos de este personaje

Después de algunos meses de vacilaciones, en diciembre de 1599 la elección del soberano y de sus consejeros se fijaba en el capitán Alonso de Ribera, soldado valiente y entendido, que sólo conocía de nombre las colonias de América, pero que tenía una larga experiencia militar adquirida en veinticuatro años de constante batallar en las rudas guerras de Flandes⁶. Aunque ocupó en ellas un rango relativamente subalterno, su nombre se halla mencionado con frecuencia en algunas de las más prolijas historias de esas luchas. Alonso de Ribera, además, con una arrogancia que le era característica, y que por otra parte no era rara en los capitanes españoles de su siglo, recuerda frecuentemente sus servicios militares en las cartas que escribía al Rey, y nos ha dejado en ellas algunas noticias que nos auxilian para conocer mejor su vida de militar antes de venir a Chile.

Alonso de Ribera y Zambrano, vástago de una familia de modesta fortuna, pero de buena alcurnia, nació por los años de 1560 en la ciudad de Úbeda en Andalucía⁷. En ese siglo de

⁵ La solicitud de Vargas Machuca, y el memorial que la acompaña (este último con fecha de 30 de agosto de 1599) se conservan en el Archivo de Indias. Son piezas de escaso interés histórico, y sólo han llamado nuestra atención por el prestigio literario del autor. Ese memorial, por otra parte, es una buena muestra de la literatura jurídico-política de la época. El capitán Vargas Machuca corrobora sus ideas con axiomas sacados de san Agustín, Eurípides, Horacio, san Jerónimo, san Bernardo, Demócrito, Cicerón, Tito Livio, Demóstenes, Plutarco, etc.

⁶ Este primer nombramiento de Alonso de Ribera para el cargo de gobernador de Chile, nos es desconocido. Debió transcribirse en el registro de acuerdos del cabildo de Santiago; pero, como ya lo hemos dicho, el libro de acuerdos correspondiente a estos años se ha perdido. Tampoco pude hallar ese documento en el Archivo de Indias, en donde seguramente se halla en algún legajo que no me fue posible descubrir. Ni siquiera me es dado fijar con más precisión la fecha de ese nombramiento; y la indicación del texto se apoya sólo en las *Relaciones* citadas del cronista Cabrera de Córdoba. Con fecha de 1 de enero de 1599, este cronista anota lo que sigue: "Han proveído al capitán Arámbulo por general de los galeones que han de ir este año a las Indias por las flotas, y al capitán Ribera por gobernador de Chile, la cual provincia está levantada desde que mataron al Gobernador pasado y a cincuenta españoles que estaban en él" (p. 57). El 16 de diciembre de 1599 firmó Felipe III el nombramiento de don Francisco Martínez de Leiva para gobernador de la provincia de Tucumán. Probablemente, ese mismo día fue firmado el nombramiento de Ribera.

⁷ El lugar del nacimiento de Ribera, de que no hallamos mención en los documentos, consta de la obra del capitán Alonso Vázquez que hemos citado en otras ocasiones, y que citaremos más adelante. Don José Basilio de Rojas y Fuentes, que en el penúltimo decenio del siglo xvii escribía sus *Apuntes de lo acaecido en la conquista de Chile*, dice también que Ribera fue natural de la ciudad de Úbeda. El célebre genealogista Gonzalo Argote de Molina, en su *Nobleza del Andalucía*, Sevilla 1588, libro II, folio 280 vuelto, dice que todos los Ribera de Úbeda, descendían del famoso Perafán de Ribera, que fue justicia mayor de esta ciudad, adelantado mayor de Andalucía y capitán general de la frontera del reino de Jaén. Por lo que respecta a la época del nacimiento de Alonso de Ribera, puede fijarse aproximadamente, sin temor de equivocación considerable, en el año de 1560.

constante batallar, cuando todos los españoles, incluso los eclesiásticos y los letrados, aspiraban a la gloria militar, la carrera de las armas era la más honrada y la que más seguramente elevaba a los puestos públicos. Queriendo desde su niñez dedicarse a ella, Alonso de Ribera hizo algunos estudios de matemáticas, “porque así como un predicador no lo puede ser consumado sin ser teólogo, dice él mismo, tampoco un soldado puede ser perfecto sin ser matemático”. En 1579, cuando probablemente no contaba aún veinte años de edad, servía como soldado en el ejército de Flandes, y peleaba denodadamente en la toma de Maestricht, y en 1583, sirviendo en el rango de sargento, se ilustraba en el famoso asalto de Amberes. Elevado en 1587 al grado de alférez, volvía a ilustrarse en numerosos combates de menor importancia. En 1588 servía en el contingente que partió de Flandes para engrosar la armada a que se dio el nombre de invencible, y que sufrió un espantoso desastre en las costas de Inglaterra; y en 1590 entraba a Francia en el ejército de Alejandro Farnesio, duque de Parma, que obligó a Enrique IV a levantar el sitio de París. En esta última campaña se ilustró sobre todo en el asalto y toma de la plaza fuerte de Corbeil (16 de octubre). Los más prolijos historiadores de esas guerras no nombran a Alonso de Ribera sin hacer elogios de su valor y de su espíritu militar⁸.

El año siguiente (1591) el duque de Parma hacía los aprestos para una nueva expedición a Francia. Dio entonces a Ribera el título de capitán y el mando de una compañía⁹. En este rango se halló éste en las numerosas batallas de esa campaña, y el 8 de mayo de 1594 cayó mal herido en el desastroso asalto de la plaza de Capelle en Picardía¹⁰. Apenas repuesto, volvía a servir en las filas del ejército. En el ataque de la plaza de Chatelet, el 26 de junio de 1595, acometió el asalto de los bastiones enemigos en compañía de otros capitanes tan intrépidos como él, “los cuales, dice un prolijo historiador de esas guerras en que él mismo servía como militar, considerándolos como soldados, y no como cabezas de aquella acción, llevados del deseo de acabar con aquello de una vez, incurrieron en una culpa loable, pasaron más adelante de lo que se les ordenó; y por hallar la batería atrincherada y cortado el baluarte, hubieron de retirarse al primer puesto, con pérdida de veinticinco o treinta de los más honrados”¹¹. La plaza tuvo, sin embargo, que rendirse a los españoles en la tarde de ese mismo día.

⁸ El padre Guillermo Dondino, de la Compañía de Jesús, que continuó la historia latina de las guerras de Flandes del padre Faminio Strada, y que tuvo por guía principal los comentarios o memorias escritas por un capitán español llamado Pedro de Castro (que, según creo, no se han publicado nunca) refiere extensamente el sitio y asalto de Corbeil; y en su estilo enfático cuenta un rango particular del heroísmo de Alonso de Ribera. Dice que éste estaba encargado de llevar la bandera de su compañía; pero que deseosísimo de pelear, se la entregó a otro alférez y fue el primero que escaló los muros de la ciudad sitiada. Reconvenido por Farnesio por haber abandonado el estandarte, Ribera se justificó con el deseo de prestar un servicio más útil, y fue perdonado por su falta porque “pecaba de sobradamente valeroso”. La obra del padre Dondino forma el tercer volumen de la traducción castellana de la obra de Strada, hecha por el padre Tovar, y publicada en Colonia en 1682. Véanse las pp. 221 y 222.

Pero la historia de esos tiempos en que se tributan mayores elogios a Alonso de Ribera es la que se titula *Los sucesos de Flandes i Francia, del tiempo de Alejandro Farnese*, escrita por el capitán Alonso Vázquez, testigo y actor de esos hechos, y publicada por primera vez en 1879-1880 en la *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, donde ocupa tres volúmenes enteros (72, 73 y 74). Pueden verse sobre estos primeros hechos de su carrera militar el primero de esos tomos, p. 217; el segundo, pp. 61, 62, 66, 184, 241, 276, 518; y el tercero pp. 318 y 319.

⁹ Don Carlos Coloma, *Las guerras de los Estados Bajos desde 1588 hasta 1599*, Amberes, 1625, libro iv.

¹⁰ Coloma, obra citada, lib. vii.

¹¹ Coloma, obra citada, lib. viii.

El mes siguiente (julio de 1595) Ribera alcanzaba mucho mayor gloria en otra jornada que en sus cartas recuerda con legítimo orgullo. Los españoles sitiaban la plaza de Doullens, y sostenían frecuentes combates con el enemigo. Ribera mandaba en uno de ellos un escuadrón de tropas ligeras, y sirvió eficazmente para decidir la victoria. A poco de comenzada la pelea, el conde de Fuentes, general del ejército español, obedeciendo a un plan estratégico, mandó que sus tropas se detuvieran. "Todos hicieron alto, dice un antiguo y minucioso cronista, salvo el capitán Alonso de Ribera y el capitán Mendoza, que siguiendo con una manga de arcabuceros y mosqueteros españoles hicieron alto, y el conde de Fuentes los mandó emboscar en un ribazo. Y pareciendo a los franceses que ya tenían en lo raso a la parte del ejército español, sin advertir a donde estaban recogidos los capitanes Ribera y Mendoza, revolvieron la tercera vez con grandísima fuerza y determinación, retirándose la caballería católica (española) a más andar. Y cuando al capitán Ribera pareció que era buena coyuntura, hizo disparar la manga con tanto estruendo, rumor y buen orden como si fueran tres mil arcabuceros. Y no pareciendo menores a los franceses, viéndose herir por todas partes y recibir notable daño de la artillería, volvieron de aquella vez las espaldas, huyendo deshechos, picándolos la caballería católica; y como todos llevaban corazas, que son armas tan fuertes y pesadas, y habían caminado toda la noche, con el cansancio y el miedo caían de los caballos, y así aconteció al almirante de Francia y al señor de San Seval"¹². Pocos días más tarde, y después de nuevos y siempre reñidos combates, Doullens era tomado a viva fuerza por los españoles; pero Ribera que se había distinguido entre los primeros en esos combates, quitando al enemigo una batería y cerrándole un camino encubierto, fue herido en un brazo y no pudo tomar parte en el asalto definitivo que antes había contribuido a preparar¹³.

A pesar de los triunfos alcanzados por su heroísmo y por su poderosa organización militar, los españoles habían perdido la campaña. La Liga estaba destruida para siempre, y casi toda Francia aceptaba por Rey a Enrique IV. Sin embargo, la tenacidad y el orgullo de Felipe II se empeñaron todavía en mantener la guerra. Alonso de Ribera tuvo ocasión de distinguirse en ella, en septiembre de ese año (1595), en el asedio y rendición de la plaza de Cambray donde mandaba un contrafuerte, y el año siguiente en la campaña del archiduque cardenal Alberto, gobernador español de los Países Bajos, contra Calais. Durante el sitio de esta plaza, en el mes de abril (1596), cerró la entrada de la ciudad a un socorro de gente que llegaba por mar, y el día del asalto fue de los primeros que escalaron la ciudadela, lo que lo autorizaba a creer y a repetir con su arrogancia castellana que él había tenido parte principal para decidir de la suerte de la jornada. En julio de ese mismo año, habiendo vuelto a Flandes con el archiduque Alberto, Ribera se distinguía otra vez en el asedio y asalto de la importante plaza de Hulst¹⁴.

Los últimos servicios de Alonso de Ribera de que hablan las historias de aquellas guerras, tuvieron lugar en una nueva campaña que los españoles emprendieron contra Francia

¹² Antonio de Herrera, *Historia jeneral del mundo*, parte III, lib. XI, cap. 12.

¹³ Herrera, obra y libro citado, cap. 13. Coloma, lib. VIII. De Thou, *Histoire universelle*, lib. CXII, tomo VIII, p. 587. El historiador italiano Enrico Caterino Dávila, que ha referido estos sucesos con mucha extensión en el libro XV de su notable *Historia de las guerras civiles de Francia*, no menciona en este punto a Alonso de Ribera, si bien lo recuerda en otro lugar, al contar la defensa de Amiens en 1597.

¹⁴ Coloma, obra citada, lib. IX.

en 1597 creyendo equivocadamente poder derrocar del trono a Enrique IV con la ayuda de los descontentos de este país. El futuro gobernador de Chile se ilustró en los combates que produjeron la rendición de Amiens; y cuando esta ciudad se hallaba en poder de los españoles y fue sitiada por las tropas del rey de Francia, Ribera se distinguió de nuevo en la defensa de un fuerte, y recibió en una pierna una herida de bala de arcabuz¹⁵, la tercera que hubiera recibido en aquella larga carrera de asaltos y de combates en que había adquirido la justa reputación de soldado tan intrépido como entendido. De vuelta a Flandes, a fines de ese mismo año, Ribera fue elevado por el archiduque Alberto al rango de sargento mayor, esto es, comandante en jefe de uno de los tercios de la infantería española¹⁶.

En 1599, cuando Felipe III le confió el cargo de gobernador de Chile, Alonso de Ribera debía contar cerca de cuarenta años de edad; y en veinticuatro de buenos servicios en aquellas obstinadas y difíciles campañas, había adquirido una gran experiencia en los negocios de la guerra. Jamás el Rey había enviado a sus lejanas posesiones de América un soldado que poseyera antecedentes militares más distinguidos y mejor comprobados¹⁷. Pero para que su viaje a Chile hubiera sido prontamente eficaz, habría debido el Rey suministrarle los

¹⁵ Coloma, libro x. Herrera, *Historia jeneral del mundo* etc., parte III, lib. XIII, caps. 2 y 7. Enrico Caterino Dávila, *Historia de las guerras civiles de Francia* (traducción española de Varen de Soto, Amberes, 1713), lib. xv, p. 550. De Thou, *Histoire universelle* etc., lib. CXVIII, tomo IX, pp. 79 y 83.

¹⁶ Coloma, libro x. Creo que después de estos sucesos. Alonso de Ribera se trasladó a España, probablemente a solicitar el premio de sus anteriores servicios. En efecto, desde 1598 no se habla de él ni en las crónicas ni en los documentos relativos a las guerras de Flandes.

El capitán cronista Alonso de Vázquez en el resumen biográfico de los capitanes que más se ilustraron en las guerras de Flandes bajo el gobierno de Alejandro Farnesio que pone al fin de su obra, dice lo que sigue acerca de Alonso de Ribera y de dos hermanos suyos, uno de los cuales, Jorge, militó también en Chile:

“El capitán Alonso de Ribera Zambrano, natural de la ciudad de Úbeda, hechura de Alejandro (Farnesio), hoy virrey y capitán general de Chile, (textual) en las Indias, valentísimo español y muy honrado, y de muchas y buenas partes, y tan arriscado en las ocasiones de la guerra como el que más: hizo en Flandes y Francia muchos y particulares servicios, y tan aventajadamente como de un tan gallardo y famoso soldado se podía esperar, porque en los peligros y ocasiones más importantes, se sabe fue de los primeros en acometerlos y de los postreros en retirarse; y no menos Jorge de Ribera Zambrano, su hermano, hoy capitán del Rey, igual en el valor y osadía a sus hermanos. Peleó en las guerras de Flandes y Francia con temeridad y osadía, y sus servicios fueron siempre loables y estimados. El capitán Juan de Ribera Zambrano (hermano de los anteriores), soldado bizarro y brioso: crióse en la escuela de Alejandro (Farnesio) cuya milicia la ha sabido aprovechar gallardísimamente, porque en las guerras de Flandes y Francia peleó con tanta osadía como se ha visto: merece estar por sus servicios en el número de los famosos capitanes. Es hoy sargento mayor de la milicia del partido de Alcaraz y Villanueva de los Infantes”.

Cuenta el padre Rosales en el cap. 20 del libro v de su *Historia jeneral* que cuando llegó a España la noticia de la muerte de Loyola y de los desastres de Chile, el Rey pidió al Consejo de Indias que le propusiese una persona a quien confiar el gobierno de este país, y que al efecto el Consejo le propuso a Alonso de Ribera por recomendación del conde de Fuentes. Esta noticia, aunque no la hallo confirmada en los documentos, tiene todos los visos de ser verdadera. El conde de Fuentes había sido el General que mandó las tropas españolas en la segunda campaña de Francia después de la muerte de Farnesio y, por tanto, era testigo abonado del valor y de la actividad de Alonso de Ribera.

¹⁷ Las noticias biográficas de Alonso de Ribera que hemos dado en el texto, que pueden parecer demasiado largas a algunos de nuestros lectores, tienen por objeto el demostrar la verdad de nuestro aserto, dando, además, a conocer la primera parte de la vida de este insigne batallador. No existiendo en ninguna parte, ni en los documentos ni en los libros, una reseña medianamente ordenada y regular de sus servicios anteriores a su venida a Chile, nos hemos visto obligados a leer con escrupulosa prolijidad las historias primitivas de las guerras en que España vivía envuelta en esos años, y no pocos documentos concernientes a esos sucesos, y en ellos hemos hallado los datos que compaginamos en el texto.

elementos y recursos necesarios para salvar a este país de una ruina inminente. El gobierno de la metrópoli no se hallaba en situación de hacer esto sino en una escala muy limitada. Se aprestaron apresuradamente trescientos hombres que debían partir con Ribera; pero se prometió a éste enviarle con la brevedad posible refuerzos mucho más considerables. Lo que se quería sobre todo era que el nuevo Gobernador llegase pronto a Chile a recibirse del mando. Por lo demás, el virrey del Perú debía ayudarlo con dinero y con todo aquello que pudiera proporcionarle.

En marzo de 1600 debía partir de Sevilla la flota que cada año salía para la Nueva España en busca del tesoro de las Indias. Se le agregaron otros galeones para embarcar la gente que debía traer Alonso de Ribera, y se dio orden al jefe de la flota de escoltar a éste hasta Portobelo, en la región del istmo de Panamá. En esos momentos había grave peligro de hacer esa navegación en otras condiciones. Ya no eran sólo los corsarios ingleses los únicos enemigos de las flotas de las Indias. En esos mismos días las naves holandesas hostilizaban

En sus cartas al Rey y al virrey del Perú, Ribera habla frecuentemente y con no poca confianza de sus servicios en aquellas guerras. Recuerda solamente ciertos hechos, sobre los cuales suele extenderse para demostrar que a él se debió el desenlace próspero de una batalla, que en las juntas de guerra logró hacer aceptar su parecer, contra la opinión de otros jefes, o que contribuyó con su propio dinero a los gastos de la guerra. En estos pormenores, que no es posible comprobar, puede haber alguna jactancia, quizá infundada, pero ellos sirven para dar a conocer el carácter arrogante de Ribera, que tenía alta confianza en su propio valor don Crescente Errázuriz ha reunido en el capítulo 1 del tomo II de sus *Seis años de la historia de Chile* casi todos los fragmentos de la correspondencia de Ribera que se refieren a sus servicios en Europa.

Reconociendo la prolija exactitud del valioso libro del señor Errázuriz, nos vamos a permitir hacerle una pequeña rectificación en este punto. En la página 12 del tomo citado, copia un fragmento de una carta de Ribera en que éste cuenta que tratándose de asaltar a Hut (Hulst), él impuso su opinión sobre la de don Luis de Velasco y la de otros jefes españoles. El señor Errázuriz cree que ese don Luis de Velasco era el mismo que fue virrey del Perú, y se pregunta si esos lances no influirían en que este alto funcionario tratase a Ribera con frialdad en América. Conviene saber que el don Luis de Velasco, famoso General de las guerras de Flandes, era distinta persona de don Luis de Velasco virrey del Perú. El cronista Francisco Caro de Torres, en su *Historia de las órdenes militares*, Madrid, 1629, lib. III, cap. 3, fol. 183, da una breve noticia biográfica de cada uno de ellos colocándolos entre los caballeros notables de la orden de Santiago. El segundo, es decir, el virrey del Perú, que nunca fue militar, era un personaje esencialmente americano, por decirlo así. Siendo muy niño todavía, en 1550, pasó a la Nueva España con su padre, que también se llamaba don Luis de Velasco, y que venía nombrado Virrey de ese país. En México hizo sus estudios, y en 1566 fue regidor del Cabildo de esa ciudad, y más tarde su alférez real. Durante una corta residencia en Europa, fue nombrado embajador de España en Florencia, y en 1589 el Rey le dio el cargo de virrey de Nueva España. Sirvió este puesto hasta el año 1595 en que fue promovido al de virrey del Perú. Habiendo renunciado el gobierno del virreinato, don Luis de Velasco se trasladó otra vez a Nueva España para vivir tranquilamente en sus propiedades; pero en 1607 volvió a ser elevado al rango de Virrey de este país, cargo que desempeñó cumplidamente hasta 1611, en que regresó a España, ya muy anciano, con el título de marqués de Salinas y con el carácter de presidente del Consejo de Indias. Los historiadores que han dado cuenta de estos hechos, lo presentan como un mandatario ejemplar, según puede verse en diversos capítulos de la primera parte de *La monarquía indiana*, del padre Juan de Torquemada, y en los libros V y VI de *Los tres siglos de México*, del padre Andrés Cavo, libro muy noticioso publicado por primera vez en México en 1836.

Ya que señalamos esta equivocación a que ha dado lugar la coincidencia del nombre de don Luis de Velasco, que, por otra parte, era muy común en España, se nos permitirá recordar otra más curiosa todavía. Los editores de las *Relaciones* de Cabrera de Córdoba, han publicado al fin del libro un índice alfabético de nombres propios, que a pesar de sus imperfecciones, facilita la consulta. Según ese índice, el pacífico Virrey, después de una pendencia en la plaza de Valladolid, en marzo de 1605, con el duque de Maqueda y sus hermanos, habría perecido ahogado en un pozo en que se cayó o se ocultó. Era éste, otro don Luis de Velasco, distinto de los anteriores, aunque su contemporáneo.

a los españoles en las Canarias y constituían ya una seria amenaza contra el poder naval de la metrópoli. Por más empeño que se puso en activar su partida, la flota de Nueva España no salió de Sevilla sino en la primera semana de abril de 1600¹⁸.

3. Su viaje a Chile

Después de dos meses de navegación sin accidente alguno, la flota llegaba a Portobelo el 3 de junio. Don Alonso de Sotomayor, que servía al cargo de gobernador de la provincia de Tierra Firme, recibió afectuosamente a Ribera, prestándose con buena voluntad a ayudarlo en todos los aprestos para continuar su viaje a Chile, y a darle las indicaciones concernientes a este país, según la experiencia que había recogido en el tiempo en que fue su Gobernador. Sólo entonces pudo Ribera apreciar debidamente la magnitud de la empresa que iba a acometer y la pequeñez de los recursos con que contaba. La pacificación del reino de Chile, el sometimiento de esos indios tan valientes como perseverantes que sostenían desde medio siglo atrás y sin desalentarse un solo día, una guerra de destrucción y de exterminio, no podían ser la obra de unos cuantos centenares de soldados casi desnudos y desprovistos de armas. Ribera supo, además, que los corsarios holandeses habían comenzado a amagar las costas de este país y a aniquilar su comercio. Bajo la impresión de estos informes, escribía pocos días después al Rey para darle cuenta de su viaje, y le pedía que a la mayor brevedad le enviase los socorros de tropa que se le habían ofrecido, y un número considerable de arcabuces y de espadas para armar a sus soldados, y de cañones para la defensa de los puertos de Chile¹⁹.

Su decepción fue mayor todavía cuando contó sus propios recursos. El general Marcos de Aramburu, jefe de la flota, hizo desembarcar en Portobelo los soldados que debían marchar a Chile. "Por todos son 291, escribía Ribera; los ciento treinta y uno de ellos de Cádiz; veintiocho viejos; setenta y dos bisoños; sesenta agregados; sesenta y dos sin espada; y los noventa y cuatro que no han entrado de guardia en este puerto por inútiles". En vano solicitó Ribera que se le dejara mayor número de gente, ya que todo le hacía presumir que por la insalubridad del clima y por otras causas, esa pequeña columna debía sufrir disminución antes de llegar a Chile. Aramburu, alegando que durante la navegación se habían muerto algunos soldados, y haciendo valer las instrucciones que había recibido, se negó terminantemente a lo que se le pedía. Ribera explicaba al Rey esta conducta como un acto de hosti-

¹⁸ "Para en fin de este mes (marzo), dicen que estará a punto de partir de Sevilla el capitán Marcos de Aramburo con otros galeones y la flota de Nueva España, el cual ha de volver con la plata de allá el mes de septiembre, que dicen será otra tanta como la que ha traído ahora", escribía el cronista Cabrera de Córdoba con fecha de 4 de marzo de 1600. *Relaciones*, p. 61.

"Los galeones que han de traer la flota de Indias este año, avisan de Sevilla que partieron esta semana ¡Dios los vuelva con bien!", escribía el mismo cronista con fecha de 8 de abril de 1600. *Relaciones*, p. 61.

En el tomo 52 de la *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, pp. 535-565 se han publicado dos memoriales del "prior y cónsules de la universidad de los mercaderes de Sevilla", de fecha de 28 de octubre de 1603, relativos a las flotas de Indias. En ambos se habla de la que mandaba el general Marcos de Aramburu (así está escrito), y en el primero se dice que partió de Sevilla en 1599, y en el segundo en 1600. La primera de esas fechas es un error evidente.

¹⁹ Carta inédita de Alonso de Ribera al Rey, escrita en Portobelo a 30 de junio de 1600.

lidad del jefe de la flota. Así, pues, el gobernador de Chile comenzaba a percibir resistencias y rivalidades entre sus mismos compatriotas cuando apenas iniciaba los trabajos que se le habían encomendado²⁰.

La provincia de Tierra Firme, de que era capital la ciudad de Panamá, no se hallaba tampoco en situación de suministrar muchos recursos al gobernador Ribera. Su guarnición era escasa, y con ella tenía que atender don Alonso de Sotomayor a la defensa de sus costas contra los corsarios que podían hostilizarla por uno y otro mar. En Panamá se hallaba uno de los buques de la escuadrilla que había organizado el virrey del Perú. Con dificultad pudo fletarse otra nave para que Ribera siguiese en ambas su viaje al sur; y cuando se trató de proveerlas de víveres para la navegación, fue necesario luchar con mayores escaseces todavía. Así, pues, aunque Ribera hubiera querido según sus instrucciones, seguir su viaje directamente a Chile, sin tocar en el Perú para evitar la desertión de sus soldados, tuvo que resignarse a cambiar de plan con el objetivo de renovar sus provisiones y de completar su equipo militar. Aun, esos mequinos aprestos lo demoraron dos meses enteros en Panamá. Por desgracia, era aquélla la estación de los grandes calores en la región del istmo. Casi todos los expedicionarios cayeron enfermos, y cuando llegó el caso de partir, en agosto, faltaron en sus filas veinte hombres entre muertos y desertores.

La tardanza con que entonces se hacía esta navegación indujo a Ribera a desembarcar en Paita y dirigirse a Lima por tierra para ganar tiempo en sus aprestos, mientras su gente seguía por mar su viaje al Callao. Llegaba a Lima el 17 de octubre, e inmediatamente daba principio a sus trabajos. Pero allí debía encontrar nuevos tropiezos y nuevas contrariedades. Indudablemente, el virrey del Perú, que acababa de confiar el gobierno de Chile a García Ramón, y que creía a éste el hombre más apto para dirigir la guerra contra los araucanos, debía recibir con frialdad si no con desconfianza a Alonso de Ribera. El Virrey estaba persuadido de que García Ramón iba a adelantar rápidamente la pacificación del reino, y que dentro de muy poco tiempo comenzarían a llegar al Perú las lisonjeras noticias de sus triunfos. Pero aparte de esto, el Perú, que había estado enviando frecuentes refuerzos y socorros a Chile, y que además tenía que defender sus costas contra los ataques de los corsarios, no se hallaba en situación de prestar al nuevo Gobernador auxilios muy eficaces. Ribera, por su parte, tomando sólo en cuenta lo reducido de los recursos con que iba a acometer la campaña, exigía resueltamente todo lo que necesitaba, y al efecto casi cada día presentaba al Virrey un nuevo memorial, en que le pedía armas, ropas, dinero, víveres y municiones.

Por cédula de 21 de marzo de 1600, Felipe III había dispuesto que cuando llegaren a Chile los refuerzos de tropa que se proponía enviar de España por el Río de la Plata, el virrey del Perú debía suministrar anualmente la cantidad de sesenta mil ducados²¹ para el

²⁰ Carta citada de 30 de junio. La flota de Aramburu siguió su viaje para Nueva España; pero antes de llegar a su destino, fue asaltada por las tempestades y perdió algunos de sus buques y más de mil hombres, según se contaba, seguramente con gran exageración, en Madrid. Cabrera de Córdoba, *Relaciones*, p. 99.

²¹ El ducado de plata era una moneda imaginaria o, más propiamente, un nombre con que se designaba la suma de 375 maravedís de plata. Se apreciará su valor relativo con el peso fuerte de a ocho reales por el dato siguiente. Pocos años más tarde el situado real, o subvención pagada por cuenta de la Corona, fue elevado a 212 mil ducados, y entonces se estimaba esta suma en 293,279 pesos 3 reales de a ocho. En 1621 el virrey del Perú, príncipe de Esquilache, creyendo equivocadamente que estaba muy avanzada la pacificación de Chile, trató de rebajar el situado enviando cada año 55 mil ducados menos. Los documentos de ese tiempo estimaban esa reducción en 75,625 patacones o pesos fuertes.

sostenimiento del ejército, y durante tres años, tiempo que se estimaba suficiente para que se terminase la pacificación. Ribera, demostrando al Virrey que aun antes del arribo de esa gente a Chile, iba a necesitar de ese dinero para socorrer la tropa que había ido del Perú, pidió y obtuvo la suma indicada; pero como el destino de ella era para vestir a sus soldados, recibió la mayor parte en géneros de ropa, avaluados en precios que juzgaba excesivos, pero que era el que entonces tenían las mercaderías europeas. Don Luis de Velasco hizo más todavía, dando algunos auxilios a la gente que acompañaba a Alonso de Ribera; pero se negó decididamente a establecer un sueldo regular y fijo para los militares que servían en Chile. Negóse igualmente a suministrarle artillería, alegando que los pocos cañones que había en el Perú eran indispensables para la defensa de sus fuertes, y que en Chile sería fácil construirlos desde que había abundancia de cobre. Por lo que respecta a la provisión de municiones y víveres, el Virrey acordó suministrarle algunos, teniendo presente, sin embargo, la escasez que de ellos había en el Perú. Alonso de Ribera, arrogante y desconfiado, entonces y más tarde creyó ver en la conducta del Virrey una hostilidad sistemada y mal encubierta hacia su persona, nacida de su marcada preferencia por García Ramón²². A pesar de estas contrariedades, la residencia en Lima fue de indisputable ventaja. "Fue acordado, escribía el virrey del Perú, hacer esta escala aun por el avío y destrucción que (los soldados) traían ellos y las armas, que eran de forma que si aquí (en Lima) no se repararan no llegara la mitad a Chile. Algunos de los soldados se han muerto de las enfermedades con que venían, y los demás se han curado". En efecto, cuando al querer partir, Ribera pasó revista a sus tropas, contó sólo doscientos sesenta hombres. A pesar de lo reducido de este número, y de la resistencia del Virrey para darle mayores auxilios, el arrogante capitán no perdió la confianza de llevar a buen término la atrevida empresa en que se había comprometido. "No llevo menos ánimo, escribía al Rey en esos momentos, de hacer a Dios y a V.M. muy importantes servicios en aquella tierra (Chile) y de dar el mejor asiento que pudiere a las cosas de ella".

Las diligencias de que acabamos de hablar demoraron a Ribera más de dos meses en el Perú. Empleóse este tiempo, además, en limpiar y en reparar las armas que traía de España, en hacer vainas para las espadas y en completar los arreos militares. Aquel intempestivo retardo tuvo además otra causa, según el virrey del Perú. "Yo quisiera poderle despachar de aquí con más brevedad, decía éste; pero no ha sido posible por no haber en este puerto navíos de V.M. dispuestos para la navegación, de cuya causa ha sido forzoso fletar y aderezar dos de particulares en que vayan y se lleve el socorro de ropas y pertrechos necesarios para esta gente y la que está en Chile, y la demás que V.M. mandare venir por Buenos

²² El virrey del Perú don Luis de Velasco, daba cuenta al Rey de todos estos sucesos, en carta de 7 de diciembre de 1600. Alonso de Ribera, por su parte, escribía también al soberano sobre los mismos hechos en carta fechada en Lima el mismo día 7 de diciembre, y le adjuntó copia de sus memoriales y de las providencias del Virrey. Estos documentos contienen las noticias que nosotros damos en extracto acerca de la permanencia de Ribera en el Perú, y de su viaje desde Panamá. Más tarde, cuando fue trasladado a Tucumán, cuando representaba al Rey sus servicios en Chile y las dificultades que había hallado en el desempeño de su misión, le hablaba con más franqueza todavía de estas hostilidades que atribuía al virrey del Perú. Decíale entonces que éste había tenido empeño en demorarlo en el Perú para dar tiempo a García Ramón de ilustrarse haciendo en ese verano una campaña que pacificase a Chile. Cartas de Ribera a Felipe III escritas en Córdoba a 20 de marzo de 1606 y en Santiago del Estero a 16 de marzo de 1607.

Aires"²³. Por fin, el 24 de diciembre de 1600, zarpaba el gobernador Ribera del puerto del Callao con dirección a Chile.

4. Su rompimiento con García Ramón, y vuelta de éste al Perú

Por recomendación, y aun podría decirse, por orden del Virrey, Ribera habría debido desembarcar en Valdivia para socorrer inmediatamente las ciudades australes que se suponían en las últimas extremidades de la miseria y del desamparo. Parece que ésta era también la determinación del Gobernador, puesto que así lo comunicaba al Rey; pero una vez en el mar cambió de dictamen, y modificando su rumbo, arribó a Concepción el 9 de febrero de 1601²⁴. Dos días después, el domingo 11 de febrero, bajaba a tierra con toda su gente vestida y armada, y celebraba su primera entrevista con García Ramón que, obedeciendo a su llamado, había acudido rápidamente de Hualqui.

Los dos capitanes se trataron al parecer afectuosamente. Ribera traía una carta del Virrey para García Ramón, en que, en los términos más honrosos y lisonjeros para éste, e invocando el nombre de Dios y del Rey, le pedía empeñosamente que continuase prestando sus servicios y los consejos de su experiencia en el ejército de Chile. García Ramón, que seguramente estaba resuelto a volverse al Perú, donde había dejado su familia, no se pudo resistir a ese pedido y, en efecto, se ofreció a quedar en el país un año más; pero no por eso depuso la reserva y la desconfianza que debía inspirarle el nuevo Gobernador. Ribera, por su parte, aunque atento con su antecesor, estaba determinado a no dejarse inspirar por los consejos de nadie, y en su interior deseaba, sin duda alguna, que aquél se alejase de toda intervención en la dirección de la guerra.

Aquel estado tirante de las relaciones de ambos capitanes no podía mantenerse largo tiempo sin producir una ruptura definitiva. En aquella primera entrevista, García Ramón había ofrecido dar a Ribera su parecer acerca del plan de campaña que convenía adoptar contra los indios. En efecto, el siguiente día, 12 de febrero, le presentaba escrito un memorial en que estaba formulado su dictamen. Según él, era necesario recomenzar pronta y energicamente la guerra con las solas fuerzas que entonces había en el país, como el único medio de aterrorizar a los bárbaros, haciéndoles comprender sin demora la superioridad militar de los españoles. Las operaciones, a juicio de García Ramón, debían emprenderse simultáneamente con tres cuerpos diferentes de tropas. Uno iría por la costa a socorrer la plaza de Arauco y a batir a los indios que la sitiaban. Otro entraría por el valle central a auxiliar a Villarrica y Osorno, debiendo enseguida fundar un fuerte en el sitio en que había existido la Imperial, para preparar la repoblación de esta ciudad. El tercero se encargaría de repoblar rápidamente las ciudades de Angol y Santa Cruz, y de establecer un fuerte a las orillas del río Nivequetén o Laja. García Ramón mostraba tanta confianza en el resultado

²³ Carta citada del virrey del Perú a Felipe III, de 7 de diciembre de 1600.

²⁴ Ribera ha dado en sus numerosas cartas al Rey diversas razones, contradictorias unas de otras, para explicar este cambio de determinación acerca del puerto en que se proponía desembarcar. Parece que su verdadero propósito era recibirse cuanto antes del mando del ejército con que esperaba hallar a García Ramón, y emprender la campaña contra los indios, tomando él la dirección absoluta y exclusiva de las operaciones.

que debía producir este plan de operaciones, que él mismo se ofrecía para dirigir la parte más dificultosa de la empresa, la expedición a las ciudades australes, tomando a su cargo, si era preciso, durante todo el invierno próximo, la defensa del fuerte que se fundase en la Imperial.

Ribera, que personalmente no había acostumbrado retroceder ante ningún peligro, encontraba temerario este plan de operaciones que lo habría obligado a dividir imprudentemente sus fuerzas y a colocarse en la misma situación en que habían estado los gobernadores anteriores sin provecho alguno para la pacificación eficaz del país. Como pasaran tres días sin que el Gobernador tomase una determinación, García Ramón volvió a representarle por escrito y en los términos más perentorios, que quedaba esperando las órdenes que se le dieran, ya fuese con arreglo a ese plan de campaña o al que se adoptase con mejor acuerdo; "y no siendo necesaria mi asistencia en este reino, decía al terminar, recibiré particular merced en que vuestra señoría me dé licencia para irme a mi casa". Sin abandonar la circunspección que le aconsejaba la prudencia, pero dejando comprender claramente que sólo a él correspondía la dirección superior de la guerra, Ribera contestó el mismo día a ese memorial en términos corteses para García Ramón, reconociendo sus méritos y sus servicios, concluyendo, sin embargo, por declararle que acerca de su separación del ejército, el mismo García Ramón, conformándose con las instrucciones que le hubiese dado el virrey del Perú, podía determinar "lo que más a propósito conviniera o le estuviere".

La ruptura de los gobernadores había llegado a hacerse inevitable. El 16 de febrero Ribera convocaba a sus capitanes para consultar sus pareceres acerca del plan de campaña que debía adoptarse. Había redactado al efecto una serie de preguntas a que debían contestar los hombres más experimentados en esta guerra; pero en una exposición preliminar que las precedía, Ribera no disimulaba su propia opinión. A su juicio era indispensable y, además, posible socorrer prontamente a los defensores del fuerte de Arauco, que se hallaban reducidos a la más espantosa miseria. Convenía también auxiliar a las ciudades australes; pero lo reducido de sus tropas, la escasez de provisiones y la larga distancia que era preciso recorrer al través del territorio sublevado, hacían por entonces imposible esta operación. Ribera creía también que el fraccionamiento de sus tropas produciría inevitablemente la insurrección de los indios del norte del Biobío y la ruina de Concepción y de Chillán.

El auto del nuevo Gobernador, aunque ni siquiera nombraba a García Ramón, era a todos luces la refutación del plan de campaña que éste había propuesto. A no caber duda, la opinión de Ribera debía ser aceptada en la junta de guerra que iba a celebrarse ese mismo día. García Ramón lo comprendió así; y viéndose desairado en sus consejos, y temiendo recibir en breve otros y mayores desaires, no vaciló ya en pedir perentoriamente su separación del servicio militar. "Vuestra señoría, decía con este motivo, es de parecer y cree que es lo acertado no dividir sus fuerzas hasta tanto de haber peleado con el enemigo, por lo cual mi persona y asistencia no será de ningún efecto en la tierra". Y terminaba pidiéndole licencia para volverse al Perú. El mismo día le fue acordado este permiso en términos honrosos, pero decisivos.

Como lo había previsto García Ramón, el plan de operaciones del nuevo Gobernador fue aprobado unánimemente en la junta de guerra que celebraron los capitanes el 16 de febrero. Expusieron allí el estado de las fuerzas del reino, se recordaron los desastres de las campañas anteriores, se propusieron diversas ideas de detalle; pero sea por convencimiento propio o por complacer a Ribera, todos los capitanes aprobaron en su conjunto el plan general de

éste para no acometer operaciones militares que importasen el fraccionamiento del ejército. Ese acuerdo debía servir al nuevo Gobernador para justificar su conducta ante el monarca y ante el virrey del Perú. Por otra parte, él venía a sancionar, por decirlo así, la separación del Gobernador cesante de toda intervención en los negocios militares, y a dejar a Ribera en libertad de dirigir la guerra por sí mismo, sin estar sometido a consejos ni a inspiraciones extrañas.

La separación de los dos gobernadores no podía ser cordial, pero fue cortés. “Luego que (García Ramón) supo mi llegada, escribía Ribera al Rey en esos mismos días, vino a la Concepción, donde tratamos los negocios del servicio de S.M. como más pareció convenir. Quiso quedarse conmigo este verano, y yo también lo tuviera en mucho; pero después fueron su parecer y el mío tan diferentes que pareció a entre ambos que de ninguna manera podríamos venir el uno en lo que el otro quería, y así se resolvió a ir”. Pero esta respetuosa consideración no duró largo tiempo, García Ramón hizo levantar una información para justificarse de los cargos que pudieran hacerse por los pocos meses que había desempeñado el gobierno. El mismo Ribera firmó un informe favorable a su antecesor. Poco más tarde, cuando supo que esa información daba origen a que se le acusara en Lima de no haber socorrido las ciudades australes, el Gobernador hacía levantar otra información, de que hemos hablado en otra parte²⁵, para demostrar que García Ramón no había pensado nunca seriamente en hacer tal campaña. Ribera llevó su saña hasta escribir al monarca y al Virrey, que la firma que había puesto en el informe que dio acerca de la conducta de su predecesor, le había sido arrancada por sorpresa y por engaño²⁶. La rivalidad de aquellos dos altos personajes debía hacerse sentir largo tiempo más en la marcha de los sucesos de nuestra historia.

5. Estado del ejército de Chile al arribo de Ribera

Cuando Ribera, libre de estos primeros cuidados, pudo contraerse a estudiar por sí mismo la situación del ejército de Chile, sufrió la más dolorosa decepción. Soldado distinguido e inteligente de los ejércitos de Flandes, discípulo, puede decirse así, de Alejandro Farnesio y de los más insignes generales de la segunda mitad del siglo xvi, había militado en los mejores ejércitos de su tiempo y conocía perfectamente las ventajas de la disciplina y de la buena

²⁵ Véase la nota núm. 29 del capítulo anterior.

²⁶ Ribera y García Ramón dieron cuenta al soberano y al virrey del Perú de todas estas diferencias. Las informaciones levantadas sobre estos sucesos, aunque reflejan las pasiones y el encono de los que intervinieron en ellos, y deben por esto mismo leerse con reserva, son documentos del más alto valor histórico, ayudan sobremanera a conocer la situación lamentable del reino en esa época y contienen noticias de todo orden. Don Crescente Errázuriz, reproduciendo íntegros algunos de esos documentos y extractando otros, ha formado tres interesantes y no largos capítulos (3, 4 y 5) del segundo tomo de sus *Seis años de la historia de Chile* con la narración completa y detallada de estas rivalidades.

El virrey del Perú, don Luis de Velasco, se pronunció en estas diferencias en favor de García Ramón; y cuando éste llegó a Lima lo colmó de consideraciones. En años atrás le había concedido un repartimiento en Pilpinto. En 27 de noviembre de 1602 se lo permutó por otro más valioso en Punoypicho. Véase la relación de las mercedes acordadas por el virrey del Perú en 1602, publicada en las páginas 500-515 del tomo 52 de la *Colección de documentos inéditos para la historia de España*.

organización militar. Las tropas que iba a hallar en Chile no podían dejar de causarle la más penosa impresión.

Sin contar los soldados que se hallaban en las ciudades australes, y de quienes no se tenía la menor noticia desde hacía más de un año, el ejército de Chile montaba en esa época a 1.397 hombres, según los informes dados por García Ramón, o sólo a 1.151, según las otras noticias que recogió Ribera²⁷. En este número estaban incluidos los 260 hombres que acababa de traer el nuevo Gobernador, y las guarniciones repartidas en diversos lugares que no era posible abandonar. Las tropas utilizables para emprender una campaña contra los indios pasaban apenas de quinientos hombres.

Pero no era precisamente la escasez de su número lo que produjo la desazón de Alonso de Ribera. La prolongación de la guerra contra los bárbaros, el empleo en ella de capitanes y soldados que no habían visto nunca ejércitos regulares, la incorporación en el ejército de individuos que, como los enganchados en el Perú, no tenían las condiciones de soldados ni se sentían dispuestos a someterse a la disciplina militar, habían acabado por introducir una gran desmoralización y por crear hábitos y costumbres que debían chocar sobremanera a un hombre del espíritu y de la experiencia del gobernador Ribera. Él mismo se ha encargado de dar a conocer aquel deplorable estado de cosas en las relaciones e informes que entonces y más tarde dirigía al Rey. "Estaba esta gente tan mal disciplinada y simple en las cosas de la milicia, escribía a poco de haber llegado a Chile, que nunca tal pudiera imaginar ni me sería posible darlo a entender". Y seis años más tarde, insistiendo sobre el mismo asunto, escribía estas palabras: "Certifico a V.M. que es esto en tanta manera que (los soldados españoles) son más bárbaros en ello que los propios indios, que ha sido milagro de Dios, conforme a su proceder en la guerra y en la paz, que no los hayan echado de la tierra y degollado muchos años há"²⁸.

El ejército de Chile estaba dividido en compañías de jinetes y de infantes. Los pocos cañones que habían tenido los españoles, fueron rara vez sacados a campaña, y habían servido casi exclusivamente para la defensa de las plazas. Esas compañías no tenían estandartes, ni trompetas, ni tambores, ni más oficiales que los capitanes. En todo el campo no había más que un trompeta que marchaba al lado del general en jefe y que servía para comunicar ciertas órdenes, y un tambor que se usaba para publicar bandos o para recoger la

²⁷ Esta divergencia, relativamente considerable, que aparece en los documentos más autorizados de esa época, se explica fácilmente en cierta manera. En los números indicados se contaban todos los hombres a quienes por su edad era obligatorio el servicio de las armas, y los cuales eran computados como individuos de la guarnición del lugar en que residían. Así, por ejemplo, García Ramón decía que en Santiago había 274 hombres y Alonso de Ribera sólo 174; y, sin embargo, esta ciudad no había podido enviar el mes anterior (enero de 1601) un refuerzo de 50 soldados al ejército del sur. La mayor parte de esa gente, por otra parte, estaba distribuida en destacamentos encargados de guarnecer puntos bastante apartados los unos de los otros, en La Serena, en Santiago, en los fortines existentes a orillas de los ríos Maule e Itata, en Chillán, en Concepción y en la plaza de Arauco; y como las comunicaciones entre esos diversos puntos distaban mucho de ser frecuentes y regulares, no se tenía en el cuartel general una noticia exacta del número de soldados, de manera que las cifras que daban García Ramón y Ribera, se fundaban en cálculos aproximativos, y cada cual podía elevarlos o rebajarlos según conviniera, o según la pasión del momento. Descontadas esas guarniciones, las tropas utilizables para abrir una campaña, quedaban reducidas a muy poca cosa. Así, García Ramón no había podido juntar en enero anterior más que 310 hombres para su proyectada expedición a las ciudades australes.

²⁸ Carta de Alonso de Ribera a Felipe III, de 17 de marzo de 1601 y de 16 de marzo de 1607.

tropa. Los infantes no tenían picas, como usaban los soldados europeos de esa época, y que era un arma utilísima antes del empleo de la bayoneta. Llevaban sólo arcabuces y algunos de ellos mosquetes, a los cuales se les daba fuego por medio una mecha encendida. Como armas defensivas, tenían cotas, coseletes y celadas de cuero. En las marchas, tanto los infantes como los jinetes iban a caballo, revueltos con los bagajes, sin orden ni formación, porque a pesar de que al salir de los cuarteles se señalaba a cada compañía el puesto que debía llevar, toda regularidad desaparecía pronto, desde que cada cual se ocupaba sobre todo de cuidar sus bagajes particulares. "Por esta causa, y la poca curiosidad de los que mandaban, y por falta de oficiales, bandera y de estandartes y desobediencia en los soldados, dice un notable documento de esa época, parece milagro de Dios no haber acabado con ellos muchas veces los enemigos". Los indios amigos marchaban en hiladas, ordinariamente a la vanguardia de los españoles, y entonces servían de exploradores, pero también se les destinaba al cuidado de los bagajes.

Dentro de los cuarteles no había mucho mayor orden. Los soldados no se alojaban distribuidos en compañías, sino que cada cual dormía donde quería. Aun en las ciudades salían a dormir en las casas de sus parientes y amigos. Resultaba de aquí que cuando era necesario disponer una salida, debía darse la orden con un día de anticipación, o se hacía indispensable "sacar del montón la cantidad de gente que se ordenaba, sin mirar que fuese de la compañía del capitán que había de mandarla ni de otras; y si el capitán que salía era bienquisto y tenía amigos, llevaba buena gente, y si no, no la llevaba tal". En las marchas, "siempre buscaban los alojamientos en tierra llana y descombrada, apartándose lo más que podían de los bosques, ríos, lagunas y montañas, y formaban sus cuarteles en figura redonda, dejando en medio una plaza pequeña con cuatro calles, y en derecho de ellas ponían sus centinelas a treinta pasos más o menos; y cuando había noticia de junta de enemigos, colocaban algún cuerpo de guardia donde más les parecía convenir". En torno del campamento se clavaban estacas que servían para atar los caballos, y a veces se hacían estacadas que se utilizaban como defensa. Los cargos de centinelas no se daban, contra lo que parece natural, a los soldados más expertos y briosos, sino a los más infelices y menos bien armados, de donde resultaba que el servir de centinela era considerado una afrenta. Por lo demás, no se les daba santo y seña; y cuando se trató de introducir éstas y otras precauciones usadas en los ejércitos regulares, los soldados se reían de tales reformas.

Al llegar a un campamento, la tropa salía fuera, la escolta iba a cortar yerba donde le parecía más conveniente sin poner guardias ni centinelas. Cuando era necesario hacer esto para pasar la noche o por la proximidad del enemigo, los soldados no acudían por el orden de servicio, sino por la designación nominal de los capitanes. Fuera de esas guardias y centinelas colocadas en las afueras del campamento, todos los soldados que quedaban en éste se entregaban al sueño. "Las dichas postas no las mandaba ningún oficial, sino que la ronda tenía cuidado de avisarlo a la hora de mudar, como llamaba también a la otra ronda que la había de mudar a ella. Sucedió de ordinario que en llamando la dicha ronda a la que había de reemplazarla, se iba luego a dormir a su toldo; y si acaso los que la habían de hacer se tardaban, como era forzoso, porque nunca ataban los caballos, aunque fuesen de guardia, y por otros descuidos que ordinariamente hay en los soldados que les faltan oficiales, se estaba todo aquel tiempo el cuartel sin ronda; y de aquí nacían otros desórdenes, porque muchos de los soldados que estaban de centinela, se iban también a llamar a los que habían de reemplazarlos, a cuya causa solían quedar los cuarteles abiertos y sujetos a cualquiera

desgracia, y nada se echaba de ver en esto, por ser lo que usaban. En tocando la caja a la hora que de ordinario era de día claro, se retiraban las centinelas y rondas sin guardar orden de ningún oficial, y esto estaba muy puesto en costumbre, y nunca tenían postas de día sino era en caso de nueva muy viva del enemigo". Los indios de guerra parecían comprender este desorden, y con frecuencia aguardaban la hora de amanecer para caer sobre los campamentos españoles.

Las batallas no eran tampoco más regulares y ordenadas. "Cuando (los españoles) se ven con el enemigo, van tentando, escribía Ribera en otra ocasión; y si el enemigo huye, le siguen sin ninguna orden ni concierto, ni aguardan capitán ni oficial, ni hacen tropa para su resguardo, ni otra ninguna prevención de soldados, y no saben qué es obediencia. Y certifico a V.M. que cuando llegué a aquel reino, iba receloso de tantas bravezas que me decían de aquellos indios, y luego que vi la gente del campo de V.M. y su traza de armas y su compostura, me animé mucho. Y dije a algunas personas de mis amigos que confiaba en Dios con mucha brevedad poner aquella tierra de paz; porque enemigo que no había echado aquella gente del reino y acabado con ella, que no me había de echar a mí sino que milagrosamente Dios me quisiese dejar de su mano"²⁹. Las embestidas de los españoles en esas batallas solían ser impetuosas y hasta heroicas, pero los soldados atacaban sin aguardar a sus capitanes, y peleaban sin orden ni concierto.

En la defensa de las ciudades contra los asaltos nocturnos de los bárbaros, faltaba igualmente la táctica y la disciplina. Los soldados de infantería dormían en las bocacalles para cerrar el paso al enemigo, y los jinetes se recogían a la plaza para acudir a donde fuese necesario. Dada la voz de alarma, comenzaba la confusión, y se hacía sentir el más amargo terror entre aquellos de los habitantes que no concurrían a la pelea. "Los religiosos y las señoras de Concepción, dice un escritor contemporáneo, muchas veces, en tenebrosas noches de cruel invierno, han saltado de las camas, y muchas veces lloviendo, desnudas, descalzas, a medio vestir, a meterse en un lodoso corral de vacas de unas malas tapias, por no haber otro refugio de más consideración, donde no hubiera servido de más que de haberse congregado para esperar al enemigo, donde las hallara juntas para ir las atando como a ovejas y llevárselas con cualquiera diligencia que para ello hiciera"³⁰.

Los fuertes que construían los españoles no suponían tampoco mayor ciencia militar. Algunos de ellos, como el de Arauco, eran de tapias más o menos altas y resistentes: "pero todos los demás, dice en otra parte el mismo escritor, son de palizada, quiero decir de unos palos los más derechos que se hallan a mano, con la rusticidad que se cortan, y de grosor diferente, que los que más lo son, serán poco más que el timón o pértigo de un carro, y de altura de catorce a quince pies cual más cual menos, los cuales plantados hasta una rodilla o tres palmos bien firmes, ajuntados unos con otros, van de tal manera haciendo hilera por lo diseñado, componiendo y cerrando la circunferencia del trazado sitio. Los cuales palos vienen a ser las murallas de los fuertes con otros más delgados atravesados, que van abrazando por la parte de dentro los plantados, a que llaman cintas, porque ciñen a los otros, bien atados con látigos o correas de cuero crudo de vaca, que son las comunes sogas de aquella tierra. Tienen algunos de estos fuertes, por la parte de dentro, otra palizada la mitad

²⁹ Carta citada de Alonso de Ribera a Felipe III, escrita en Santiago del Estero a 16 de marzo de 1607.

³⁰ González de Nájera, *Desengaño i reparo de la guerra de Chile*, p. 370.

más baja que la de fuera, distante de ella cinco o seis pies, el cual hueco o vacío de entre la una y la otra se terraplena todo a la redonda de fajina y tierra, de manera que el tal terraplén viene a servir de muralla al fuerte, donde se pasean las rondas y se ponen las convenientes centinelas, y de donde finalmente se pelea y está a la defensa detrás de los débiles parapetos que es lo que sobrepaja la primera palizada, a cuya causa en los combates hieren y matan los enemigos muchos soldados con sus largas picas por entre los palos"³¹. Estos fuertes, más grandes o más pequeños según la guarnición que debían contener, eran generalmente cuadrados, y tenían en el centro las barracas que servían de cuarteles, cubiertas de carrizo, y por tanto muy expuestas al fuego. Algunos de ellos estaban, además, rodeados de fosos, y en sus cercanías ponían los españoles estacas de coligües enterradas en el suelo para que se clavasen los asaltantes.

Pero si esos fuertes, dadas las condiciones de aquellas guerras, constituían una defensa regular, la relajación de la disciplina disminuía considerablemente su poder. Desde luego, los indios de guerra solían introducirse en ellos en son de amigos que querían dar la paz, para observar sus puntos más vulnerables, lo que subsistió hasta que Ribera ordenó que allí, como en las plazas fuertes bien defendidas, no se permitiese entrar a los emisarios enemigos, sino con los ojos vendados³². Por otra parte, los descuidos frecuentes en la vigilancia, análogos y semejantes a los que se cometían en los campamentos, daban origen a los mismos peligros. El servicio de rondas era mal hecho, y la mudanza de los centinelas daba lugar a que con frecuencia los puestos quedasen sin guardias. Los indios, conocedores de estos descuidos, asaltaban los fuertes con una resolución extraordinaria, eligiendo para ello las tinieblas de la noche para acercarse a sus murallas, y la hora de amanecer, como ya dijimos, para empeñar el ataque³³.

En vista de este estado de cosas, Ribera se propuso desde el primer día introducir reformas capitales en la organización militar del reino. Soldado distinguido de la infantería española de Flandes, conocía perfectamente la utilidad de esta arma, y quiso regularizarla en Chile dándole su verdadera importancia. Para ello tenía que vencer las resistencias que le oponían casi todos los antiguos capitanes de Chile, y los hábitos más inveterados en aquella larga guerra. La caballería, en efecto, había sido el arma favorita de los primeros conquistadores, y les había asegurado la victoria, sobre todo por el terror que producía entre los

³¹ González de Nájera, obra citada, p. 322.

³² González de Nájera, obra citada, p. 248.

³³ El maestre de campo Alonso González de Nájera, en la obra que hemos citado y que tendremos que utilizar muchas veces en los capítulos siguientes, ha dado abundantes noticias acerca del estado militar del reino de Chile al comenzar el siglo XVII; pero existe, además, un documento de una importancia capital sobre el mismo asunto, en que los datos están expuestos de una manera mucho más concreta todavía. Es un memorial enviado al Rey por Alonso de Ribera, sobre "el modo y orden militar que había en este reino de Chile en campaña, fronteras y fuertes". Aunque este memorial no tiene fecha, infiero por las noticias que contiene, que ha sido escrito en 1603 o 1604, después de la fundación del fuerte de Nuestra Señora de Halle, y cuando Ribera conocía ya bastante bien el país. Don Claudio Gay lo ha publicado en las pp. 144-159 del II tomo de sus *Documentos*, pero como no son raros allí los errores de copia o de tipografía, he tenido siempre a la vista otra copia que hice sacar en el Archivo de Indias.

En otras partes de esta historia, hemos dado ya noticias sobre las condiciones en que se hacía la guerra entre los españoles y los indios de Chile. En el capítulo 12, § 8 ha podido ver el lector otros datos que pueden servirle para completar el conocimiento de estos hechos.

bárbaros. Pero desde que éstos mismos tuvieron caballos, esa arma comenzó a perder parte de su prestigio y de su poder tradicional. Ribera creyó que la infantería bien regularizada habría de prestar utilísimos servicios en la campaña que pensaba abrir, empleando un sistema más ordenado y más táctico que el que usaban sus predecesores. Se propuso igualmente corregir la relajación de la disciplina, evitar el desorden en la marcha y en los campamentos, arraigar los hábitos de vigilancia y establecer en todos los detalles la regularidad en el servicio que él había observado en los ejércitos de Flandes. Lo veremos empeñado en esta obra y, aun, conseguir en parte siquiera alguno de estos resultados; pero Ribera habría necesitado de numerosos auxiliares para inocular en sus tropas este nuevo espíritu; y por falta de ellos no consiguió todos los frutos que se proponía. Él mismo se manifestaba más tarde descontento del poco resultado de sus trabajos; y un militar inteligente y experimentado escribía trece años más tarde estas desconsoladoras palabras: "La guerra que al presente se hace en Chile, es una milicia ciega sin determinado ni seguro fin, porque ni es suficiente para ganar ni conservar. No hacen los nuestros jamás mudanza en ella, aunque ven que el enemigo la ha hecho con su mucha caballería, y de la misma manera proceden que cuando no la tenía y era bárbaro en su milicia"³⁴.

6. Primera campaña de Ribera en el territorio enemigo: socorre la plaza de Arauco y regresa a Concepción

Ribera se recibió en Talcahuano del mando de las tropas con que había salido a campaña García Ramón. Así que las hubo revistado, dispuso que las tres pequeñas compañías de infantería que había en ellas, formasen una sola, y mandó que dejaran sus caballos para marchar a pie, como debían hacerlo los soldados que acababa de traer de España. Ya que ni el número de su ejército ni lo avanzado del verano le permitían emprender operaciones más considerables, Ribera había resuelto socorrer la plaza de Arauco. Hizo salir de Concepción un buque cargado con trigo, harina y carne salada para aprovisionarla. Dejando regularmente guarnecidos los establecimientos situados al norte del Biobío, las fuerzas disponibles para expedicionar montaban a 542 hombres. El Gobernador se puso a la cabeza de esas tropas y el 21 de febrero rompió la marcha hacia el sur.

El paso del río Biobío no ofreció la menor dificultad a los expedicionarios. Ribera había hecho llevar de Concepción por mar, tres grandes lanchas, y en ellas pasó sus tropas sin ningún inconveniente. Hacía mucho tiempo que los españoles no pisaban por aquella parte la ribera opuesta de ese río, y cuatro años que no se aventuraban a recorrer los caminos que conducían a la plaza de Arauco. Los indios de esa región, que sin duda se creían libres para siempre de sus opresores, debieron llenarse de terror al verlos aparecer de nuevo en número tan considerable, y en la estación de la cosecha de los sembrados, esto es, cuando la guerra podía causarles los mayores daños. Queriendo salvar sus comidas de una destrucción inevitable, recurrieron al gastado arbitrio de ofrecer humildemente la paz, y al efecto entregaron a un español que tenían cautivo. Ribera no se dejó engañar por esas promesas, y continuó su

³⁴ González de Nájera, p. 227.

marcha talando los sembrados y quemando las chozas que encontraba en la comarca. Los bárbaros, por su parte, abandonaban apresuradamente sus habitaciones y sus campos y huían a asilarse en la montaña vecina.

La región que atravesaba Ribera, muy poblada en los primeros días de la Conquista, forma una angosta faja de terrenos bajos que se dilata entre la cordillera de la Costa y las orillas del mar, y está frecuentemente interrumpida por los cerros o contrafuertes que se desprenden de la cordillera y que van a hundirse en el océano. Son éstos los cerros de Andalicán o Colcura, Marigüeño o Villagrán, y de Laraquete, alturas más o menos difíciles de trepar y cubiertas de bosques y matorrales, que los indios habían hecho temibles por los asaltos y sorpresas que en ellos habían dado a los españoles. Exasperados por la destrucción de sus casas y de sus cosechas, pero sin tener tiempo para reunirse en número considerable, los indios pretendieron ahora también atacar a los invasores. Un día se presentaron en número de quinientos, como si quisieran disputarles el paso; pero recibidos por el fuego de mosquetería de la vanguardia española, se vieron forzados a huir de prisa. El día siguiente los indios, en número inferior todavía, intentaron atacar la retaguardia. "De ellos, dice Ribera, se mataron tres o cuatro, sin algunos que irían heridos, y uno se prendió que mandé ahorcar luego".

Sin otros accidentes, el Gobernador llegaba a la plaza de Arauco en los primeros días de marzo. Había en ella sesenta y un españoles que habían sufrido durante largos meses todo género de fatigas y privaciones. Los indios de la comarca, que hasta poco antes tenían asediado el fuerte, habían huido con presteza para evitar un combate que no podía dejar de serles desastroso. Los campos estaban desiertos, pero ostentaban numerosos sembrados y no pocas vacas que pacían libremente, "como si los indios, dice Ribera, nunca pensarán que los españoles jamás habían de volver a esta tierra". Fueron éstos, sin embargo, los que se encargaron de hacer la cosecha. Recogieron cuarenta vacas y una considerable cantidad de granos que se destinaron a la provisión de Arauco. En esos días llegaba también el buque que Ribera había despachado de Concepción, de manera que la plaza quedó avituallada para mucho tiempo. Durante quince días se ocupó el Gobernador en estos afanes, y en dictar las providencias militares conducentes a asegurar la defensa de esos lugares. Allí mismo escribió al Rey la relación del estado en que encontraba el reino de Chile y de los primeros actos de su gobierno, terminando por pedir el pronto envío de socorros de tropa, de armas, de municiones y de muchos otros artículos que creía indispensables para la pacificación de la tierra y para consolidar el establecimiento de los españoles. El cuadro que allí trazaba de la miseria general del país, de la desnudez de los soldados, de la carestía de las ropas y demás objetos europeos, y de la arrogancia de los indios después de los triunfos alcanzados en los últimos dos años, debían, a su juicio, determinar al soberano a socorrerlo con mano generosa³⁵.

Terminados estos arreglos, quiso Ribera reconocer las orillas del Biobío, en la parte en que estuvo situada la ciudad de Santa Cruz. Proponíase fundar allí uno o dos fuertes que cerrasen al enemigo el paso hacia la región del norte. Para llegar hasta allí, le fue forzoso

³⁵ Las primeras cartas que Ribera escribió al Rey desde Chile, tienen las fechas de 10 y 17 de marzo de 1601. Ellas nos han suministrado particularmente las noticias que hemos consignado en las páginas anteriores.

atravesar la cordillera de la Costa por los sitios mismos en que los indios habían opuesto en otras ocasiones la más tenaz resistencia. Ahora, todo estaba abandonado y desierto. Los bárbaros sabían demasiado bien que no podían medirse contra quinientos soldados españoles que marchaban ordenadamente, y que tomaban numerosas precauciones para acamparse. Ribera, sin hallar enemigos por ninguna parte, consiguió reconocer aquellos lugares; pero cuando pensó en fundar los fuertes pudo convencerse de que lo avanzado de la estación (fines de marzo) y la estrechez de sus recursos, se lo impedían formalmente³⁶. Así, pues, creyendo, sin duda, que las devastaciones ejecutadas en los sembrados y caseríos de los indios de esa comarca los habrían escarmentado por entonces, dio la vuelta a Concepción.

Habría debido el Gobernador en esas circunstancias auxiliar a las ciudades australes, de cuya suerte no se tenía la menor noticia desde tanto tiempo atrás. Parece que algunos de sus capitanes le pedían empeñosamente que les enviase algún socorro por mar. Ribera conoció, sin duda alguna, la necesidad que había de hacerlo; pero, según exponía más tarde en justificación de su conducta, carecía de un buque preparado para ese viaje, no tenía pilotos que pudieran hacerlo convenientemente en aquella estación, y le faltaba, además, la gente que habría necesitado enviar para que ese socorro fuese de alguna utilidad. "Considerando todo lo cual, decía con este motivo, me determiné a aguardar la primavera y enviar un grueso socorro de buena gente, vestida y armada, y con comida y municiones y lo necesario"³⁷.

En cambio, se ocupó en tomar muchas medidas para asegurar durante ese invierno la tranquilidad de las ciudades de Concepción y de Chillán. Estableció con este objetivo dos nuevos fuertes, uno en Talcahuano y el otro en Lonquén, en la orilla norte del río Itata, destinados ambos a imponer respeto a los indios de las cercanías. Cuando hubo terminado estos trabajos, en los primeros días de mayo de 1601, se puso en viaje para Santiago³⁸. Ribera quería recibirse del mando civil del reino, y hacer sus aprestos para la campaña que pensaba abrir en la primavera siguiente con las tropas auxiliares que esperaba de España por la vía de Buenos Aires.

7. Llega a Mendoza un refuerzo de quinientos hombres enviados por el rey de España

Al partir de Sevilla en abril de 1600, Ribera sabía que por orden del Rey se estaba enganchando gente para enviarle un socorro considerable en muy pocos meses más. Se le había hablado de mil doscientos hombres, que por entonces se consideraban suficientes para consumir la completa pacificación de Chile. Sin embargo, no fue posible completar este número. Las frecuentes levas de soldados que se hacían en las provincias españolas para remontar los numerosos ejércitos del Rey, los atropellos y exacciones que cometían en todas partes los agentes encargados de la comisión, y las penalidades que aguardaban a los que eran

³⁶ Carta al Rey, escrita en Santiago a 22 de septiembre de 1601. Instrucciones dadas a Domingo de Erazo en 15 de enero de 1602.

³⁷ Carta al Rey escrita en Córdoba en 20 de marzo de 1606.

³⁸ La pérdida del libro del Cabildo correspondiente a estos años no nos permite fijar con exactitud la fecha de los días en que Alonso de Ribera llegó a Santiago y se recibió del mando.

enrolados, habían producido tal terror, que las gentes huían de los pueblos para libertarse del servicio militar. Por otra parte, el tesoro real, despilfarrado de mil maneras, no podía hacer frente a los gastos que originaban estos enrolamientos. Así, pues, en agosto de ese año sólo se habían reunido quinientos hombres, esto es, un tercio completo de infantería. Ese cuerpo debía ser mandado por el sargento mayor Luis de Mosquera, pero tenía, además, tres capitanes, uno de los cuales llamado Alonso González de Nájera, militar de experiencia en las guerras de Flandes, debía adquirir cierta celebridad por sus servicios y por sus escritos³⁹.

Estaba resuelto que estas tropas vinieran a Chile por la vía del Río de la Plata. Don Alonso de Sotomayor, que había hecho este camino cuando llegó a recibirse del gobierno, lo recomendaba ardorosamente como el más corto y el más seguro. En agosto de 1600, al disponerse que el tercio del sargento mayor Mosquera hiciese su viaje por esa ruta, se acordó que las naves que debían transportarlo a América, marchasen en conserva con la flota que cada año salía de Lisboa para las costas del Brasil, que como todas las posesiones portuguesas, estaba incorporado desde veinte años atrás a los dominios del rey de España. A la sazón debía también partir para América don Francisco Martínez de Leiva, caballero del hábito de Santiago, a quien Felipe III acababa de nombrar gobernador de la provincia de Tucumán. Diósele el mando superior de la expedición, con el encargo de encaminar de Buenos Aires a Chile las tropas que venían destinadas a este país.

El Rey aprovechó también esta ocasión para despachar a Chile a otro alto personaje que debía ser el promotor de ruidosas perturbaciones. Era éste don fray Juan Pérez de Espinosa, religioso franciscano que en ese mismo año había recibido el título de obispo de Santiago, y que venía a Chile a ocupar este puesto, vacante desde tres años atrás por muerte del obispo Azuaga⁴⁰. Originario de la ciudad de Toledo, lego primero en un convento de franciscanos, recibió más tarde las órdenes sacerdotales y pasó luego a América. En sus cartas al Rey refería que en México y Guatemala había enseñado gramática y teología; pero su nombre era desconocido cuando el favor del monarca lo presentó a la sede pontificia para ocupar un obispado⁴¹. La munificencia del soberano para con este prelado, que sin duda alguna debía tener poderosos protectores en la Corte, se mostró por otros actos que seguramente no eran

³⁹ Es éste el autor del *Desengaño i reparo de la guerra de Chile*. Su libro, que por desgracia no abunda en noticias de hecho, contiene muy pocas acerca de los accidentes del viaje; pero ellas nos sirven para completar las que nos suministran nuestros documentos.

⁴⁰ Por muerte del obispo Medellín, ocurrida en 1592, la iglesia de Santiago estuvo en sede vacante hasta 1596 en que llegó de España con el título de obispo don fray Pedro de Azuaga, religioso franciscano de mucha edad que falleció el año siguiente sin consagrarse y sin haber alcanzado a hacer sentir su acción en la administración de la diócesis. Casi puede decirse que el obispado de Santiago estaba vacante desde 1592.

⁴¹ Dos escritores coetáneos, ambos de la misma orden de franciscanos, fray Jerónimo de Mendieta, en su *Historia eclesiástica indiana* (publicada por primera vez en México en 1870) y fray Juan de Torquemada en su conocida *Monarquía indiana*, han dado extensas y prolijas noticias de todos los eclesiásticos, y en especial de los frailes franciscanos, que se distinguieron en México en la enseñanza o en la predicación durante el siglo XVI, y sus noticias son muchas veces referentes a individuos de la más escasa significación. Sin embargo, ninguno de ellos nombra para nada a fray Juan Pérez de Espinosa. En cambio, el presbítero don Domingo Juarros, que a principios de este siglo publicaba su *Compendio de la historia de la ciudad de Guatemala*, ha destinado el capítulo 3º del tratado III a recordar a "los varones ilustres en santidad", y allí consagra una media página al "hermano Juan de Espinosa", a quien tributa los elogios vulgares que siempre se leen en esa clase de catálogos, sin consignar tampoco noticias utilizables para la historia.

comunes. Se le hizo un anticipo de dinero para sus gastos de viaje, se le concedió en propiedad la mitad de los frutos de la diócesis durante la vacancia, y se le permitió sacar de España sin pago alguno de derechos hasta mil ducados en objetos de su uso y tres esclavos negros para su servicio⁴². Así, pues, este Obispo, que en Chile había de tronar en nombre de la caridad cristiana contra la servidumbre de los indios, creía lícita la esclavitud de los negros y se aprovechaba de ella para su comodidad doméstica.

La flota española zarpó de Lisboa a fines de septiembre de 1600. La navegación fue absolutamente feliz. Las naves no tuvieron que sufrir un solo temporal, ni las tripulaciones tuvieron un solo enfermo. Uno de los expedicionarios, quizá el más inteligente de todos ellos, apreciando este hecho con el criterio político-religioso de los españoles de ese siglo, creía ver en él "la prueba manifiesta de haber sido y ser especial voluntad divina que el reino de Chile sea poseído y habitado de españoles más que de otra nación"⁴³. A mediados de enero de 1601 los expedicionarios entraban al puerto de Río de Janeiro, donde debían tomar algunos días de descanso.

La navegación del río de la Plata era en esa época muy poco frecuentada. Por un error económico que ahora nos parece inconcebible, la ciudad de Buenos Aires se surtía al principio en el Perú, y por los caminos de tierra, de las mercaderías europeas que necesitaba para su consumo. Hacía muy poco tiempo que esa ciudad había comenzado a comerciar con el Brasil; pero eran tan raros los viajes, que ni siquiera se conocía a punto fijo la posición exacta de los grandes bancos de arena que existen en el majestuoso estuario de aquel río. Los buques de algún calado no se atrevían fácilmente a atravesarlo, y fondeaban de preferencia en la banda oriental, cerca de una pequeña isla situada enfrente de Maldonado, desde donde las embarcaciones menores transportaban las mercaderías a Buenos Aires. Informado de estos inconvenientes por un piloto que tenía a su servicio, Martínez de Leiva despachó desde Río de Janeiro, el 27 de enero, al sargento mayor Luis de Mosquera con cartas para el gobernador de Buenos Aires y para los oficiales reales de esta ciudad. Pedíales empeñosamente que enviasen a Maldonado las embarcaciones menores que hubieran de servir para el transporte de sus soldados y de los bagajes, y que hiciesen preparar cincuenta carretas para conducirlos hasta el pie de los Andes.

Mosquera se hallaba en Buenos Aires el 17 de febrero. El gobernador de la provincia, don Diego Valdés de la Banda, había muerto hacía poco; pero los oficiales reales acordaron que el capitán Hernandarias de Saavedra, encargado provisionalmente del gobierno de Buenos Aires, partiese para Maldonado con los buquecillos en que pudiera transportarse la gente que venía para Chile. El 4 de marzo estaba toda reunida en Buenos Aires; pero aquí nacieron nuevas dificultades para preparar el viaje por tierra. El virrey del Perú había encomendado a las autoridades de esa ciudad que prestaran todas las facilidades posibles a los auxiliares que pasaban a Chile, vista la situación calamitosa en que se hallaba este país; pero esas autoridades no podían disponer más que de muy escasos recursos, si bien reconocían la necesidad de acelerar el viaje, no sólo para que las tropas llegasen pronto a su destino sino porque Buenos Aires carecía de los víveres para alimentarlas por mucho tiempo. En

⁴² Cédulas reales, fechadas en Medina del Campo a 2 de julio de 1600.

⁴³ González de Nájera, obra citada, p. 348.

las juntas y acuerdos que se celebraron con este motivo, el obispo Pérez de Espinosa fue el más resuelto para acelerar la partida. Por fin, Martínez de Leiva obtuvo en préstamo la cantidad de ocho mil pesos, comprometiéndose a pagarlos con su propio sueldo si el virrey del Perú no aprobaba el gasto; y el cabildo de Buenos Aires proporcionó cuarenta y cinco carretas quitadas a los vecinos, algunos caballos, doscientas vacas y otros víveres para la manutención de la tropa durante la marcha. Por fin, a mediados de marzo de 1601, los expedicionarios se ponían en camino. Martínez de Leiva se apartó luego de ellos para ir a hacerse cargo del gobierno de Tucumán⁴⁴.

Un viaje en esas condiciones, y teniendo los expedicionarios que atravesar las pampas en una extensión de trescientas leguas, no podía hacerse con mucha rapidez. La gente marchaba a pie o a caballo, pero no podía adelantarse a las carretas que conducían los bagajes. La escasez de víveres, por otra parte, obligaba a los expedicionarios a buscarlos en la caza de perdices y venados y en la pesca en los ríos y arroyos que hallaban en el camino. Venciendo estas dificultades, llegaron a la ciudad de Mendoza cerca de mediados de mayo, cuando las nieves del invierno habían cubierto los senderos de la cordillera.

Fue inútil que Ribera tratase de apresurar el viaje de esos auxiliares. Al saber que se hallaban al pie de los Andes, despachó en su busca al capitán Juan Rodolfo de Lisperguer. Éste le informó que el tránsito de las cordilleras sería imposible antes del mes de octubre, y que aquellas tropas, además, habían llegado a Mendoza en un estado de lastimosa desnudez. El gobernador de Chile, a pesar de la estrechez de sus recursos, tuvo que mandar hacer ropas para vestir a los soldados que le enviaba de socorro el poderoso rey de España.

⁴⁴ Don Manuel Ricardo Trelles ha publicado en las pp. 65-75 del segundo tomo del *Registro estadístico del estado de Buenos Aires* correspondiente al año de 1859, todos los documentos relativos al paso por aquella ciudad del refuerzo que en 1601 venía para Chile. Hemos creído conveniente el consignar las noticias que acerca de este viaje se hallan en el texto, para que se conozcan las dificultades inmensas con que entonces se tenía que luchar en estas empresas, y la causa del retardo con que llegaban a Chile los refuerzos que se pedían con tanta urgencia.